



SAN JUAN DE CAPISTRANO
23 DE OCTUBRE 2018
PATRONO DE LOS CAPELLANES CASTRENSES

Queridos hermanos, queridos Padres Capellanes:

En el día de nuestro santo Patrono, patrono de cada Capellán Castrense, como Padre y Pastor de cada uno de ustedes quiero compartirles un saludo muy cordial y agradecido, además de invitarlos y me sumo a dicha invitación, para que todos renovemos y avivemos el deseo de la santidad.

Hace pocos días tuvimos la gracia de terminar nuestros Ejercicios Espirituales anuales, como clero, sin duda, han sido días de verdadera gracia y de oración común. Allí hemos tenido la oportunidad de ver nuestra vida desde esta perspectiva. Sabemos que la Santidad es la vocación a la que en primer lugar hemos sido llamados todos. Por eso pensar en un santo y conocerlo un poco más nos actualiza la posibilidad de esta concreción en la llamada. En la exhortación Apostólica sobre la Santidad, el Papa Francisco nos compartió: “No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida existe una sola tristeza, la de no ser santos”

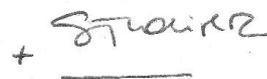
Seguramente conocerán la vida de nuestro Santo Patrono, pero esta breve reseña, estoy seguro nos refrescará en el conocimiento de su vida y en actualizar en nosotros la santidad de Dios.

Me gusta señalar que San Juan de Capistrano se entregó en cuerpo y alma a la reforma espiritual del pueblo cristiano por medio de la predicación popular, pero, predicando el Evangelio más con su figura que con su palabra. Porque los santos sacerdotes tienen a Cristo como centro de sus vidas, tienen claro que son hombres para los demás y toda su vida predicán y hacen presente al mismo Jesús, aceptando que es Jesús quien guía y conduce en el propio proyecto desprendido totalmente de sí mismo. San Juan de Capistrano es un excelente ejemplo y modelo para imitar, trabajó por la verdad y la unidad, entregó su vida sin retaceos por esto.

Estamos viviendo un tiempo cultural muy difícil, pero a la vez apasionante. Vemos a diario actitudes agresivas y comportamientos bien

paganos en nuestra sociedad cristiana. Aunque es verdad que podríamos preguntarnos si todavía es cristiana. Es a cada hombre y mujer de este tiempo y de esta cultura que estamos llamados a presentar con alegría la belleza del Evangelio. Fuimos ungidos, como predicó el Papa en la Misa Crismal del 2014, con el óleo de la alegría. Fuimos ungidos, continúa Francisco, pero no “untuosos”: “Una alegría que nos unge (no que nos unta y nos vuelve untuosos, suntuosos y presuntuosos), es una alegría incorruptible y es una alegría misionera que irradia y atrae a todos”. Para que sea una verdadera alegría, tiene que comenzar al revés: por los más lejanos. La alegría del sacerdote es incorruptible, aunque pueda pasar por momentos difíciles, “puede estar adormecida o taponada por el pecado o por las preocupaciones de la vida, pero, en el fondo permanece intacta como el rescoldo de un tronco encendido bajo las cenizas, y siempre puede ser renovada. La recomendación de Pablo a Timoteo sigue siendo actual: “Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (cf. 2 Timoteo 1,6).i Jesucristo nos llamó, lo hemos seguido dejando todo, y porque lo hemos dejado todo Él tomó nuestra vida. El Evangelio, lo sabemos es eficaz en sí mismo, es como una espada de doble filo, pero lleva en si una fuerza impresionante si es acompañado por el testimonio de la propia vida. Es necesario que renovemos con firme convicción la llamada a ser testigos valientes del Evangelio, que lo Anunciamos con nuestra Propia vida. Es una tarea ardua para nosotros, pero es posible con la gracia de Dios, es el Señor que sostiene, fortalece e ilumina.

Con la alegría de la misión compartida les
envío una fraterna bendición.-



+ SANTIAGO OLIVERA
OBISPO CASTRENSE DE ARGENTINA

Breve Reseña:

Nace en Capistrano, pueblo de los Abruzos, reino de Nápoles, el año 1386. Ingresa en la Orden franciscana a los treinta años. Ocupa dos veces el cargo de vicario general de la Orden. Sucumbe a los estragos de la peste, en Eslovenia, el 23 de octubre de 1456. Ha sido llamado, “El Santo de Europa”.

En 1453 los turcos conquistan Constantinopla afianzando así el imperio del Islam en el Asia Menor, sobre las ruinas del Oriente cristiano, y amenazando a toda la cristiandad de Occidente. Se presiente un trágico fin para la catolicidad medieval. Roma y los pueblos tiemblan ante la impotencia de los príncipes cristianos, divididos entre sí. Pero Dios, Señor de la Historia, tiene preparados sus instrumentos: el Soldado, el Pontífice y el Santo. El caudillo húngaro Huniades, el Papa Calixto III, y Juan de Capistrano.

La actividad apostólica de Juan se inicia a principios del siglo XV. Quedaban atrás en su vida las solicitudes por lo terreno, lo falaz. Había tomado parte en conjuraciones

políticas y, derrotado, había sido hecho prisionero, encerrado en unos sótanos inmundos. Allí, encadenado a un poste, rodeado de ratas, con el agua hasta las rodillas, desengañado, reza a San Francisco y hace voto de entrar en su Orden. El voto le salva, y la ciudad de Perusa, donde cursaba sus estudios de jurisconsulto, es testigo de su conversión total.

Corría el año 1416. Ya franciscano, Juan se entrega en cuerpo y alma a la reforma espiritual del pueblo cristiano por medio de la predicación popular. Sigue las huellas y las enseñanzas del gran San Bernardino de Siena. Hará maravillosas curaciones. Va de pueblo en pueblo acompañado de cuarenta caballeros, reúne a las multitudes en las plazas pues no caben en los templos y llega, alguna vez, a reunir el número de 20.000 oyentes. Así predica el Evangelio, pero más con su figura que con las palabras. Pequeño, enjuto, apenas piel y huesos, vista corta, gesto austero, aunque dulce y caritativo; semblante encendido, además de sobrio y cálido. Sus oyentes pedían a gritos confesión, prometiendo cambiar de vida y abandonar la vida de pecado. Despertaba vocaciones religiosas entre la juventud: en Leipzig 120 estudiantes siguen sus huellas, en Cracovia 130. En veinte años misiona por Alemania, Austria, Hungría, Polonia, Moravia y hasta por Saboya, Borgoña y Flandes. Ésta fue su lenta pero fundamental cooperación al mantenimiento de la unidad católica europea en el siglo XV.

Su gran talento para la diplomacia le permitió unir entre sí a los príncipes. Recibió importantes misiones de cuatro Papas consecutivos, impugnó la nascente herejía husita, se relacionó con los griegos para tratar su unión con la Iglesia Romana, intervino en contener los perniciosos efectos del cisma de Basilea. Extendió la reforma de los “observantes” por los conventos de toda Europa, fundando muchos de ellos en Alemania.

Pero la ocasión culminante de su vida, que le valió el nombre de “Santo de Europa”, fue la Cruzada contra los turcos, que empieza a predicar en el año 1453. El Papa Calixto III, le anima y le concede facultades omnímodas. Los príncipes cristianos no responden al llamamiento del Papa. Éste nombra al cardenal español Juan de Carvajal su legado en Hungría. El mismo rey de Hungría huye, y tiene que ser Juan de Capistrano quien recluta a los campesinos húngaros para la Cruzada. Llegan a juntar a 7.000 cruzados. Mahomed ataca con 150.000 hombres y 300 cañones. Capistrano ha improvisado unos estandartes con la Cruz y las figuras de San Francisco, San Antonio y San Bernardino. Anima a todos a la lucha al conjuro del nombre de Jesús, hace desistir a Huniades de su propósito de huir en retirada. Belgrado está rodeada por los turcos y, contra toda previsión, los cruzados, animados por Capistrano desde la orilla, con la Cruz, obtienen una victoria completa. A los pocos días Mahomed vuelve al asalto con toda la rabia del león herido. Juan recorre las murallas cuando la infantería turca escalaba el foso y grita a los valientes húngaros que en sus manos está la cristiandad, alzando sus brazos a Dios clamando misericordia por Europa. La derrota del turco fue completa.

Pero más admirable que la victoria en las armas, fue la victoria en los espíritus que obtuvo Juan, convirtiendo a los cruzados en novicios. El mensaje de Juan de Capistrano quedaba escrito para siempre.-

ⁱ *Francisco, Homilía de la Misa Crismal, 17 de abril 2014.*